



Santiago Ramón y Cajal (1852-1934)
Cortesía de la RANM

Ramón y Cajal y nosotros

Ramón y Cajal and us

■ José Luis González Quirós*

■ En un pasaje de su *Facing Reality*, cito de memoria, Sir John Eccles, premio Nobel de Medicina en 1963, se asombraba de que habiendo tenido España un científico de la talla y el empuje de Ramón y Cajal, ello no hubiera bastado para que en las universidades de nuestro país se fundase una sólida tradición científica y de investigación. Resulta molesto para cualquier patriota leer comentarios como éste que aduzco, pero si se supera el estado de irritación que provocan, y se atiende uno a los hechos, por ejemplo, a que la ciencia española no haya obtenido un solo premio Nobel desde 1906 mientras que los obtenidos por franceses, ingleses, alemanes, italianos o norteamericanos se cuentan por docenas, entonces habrá que preguntarse por las razones de un fracaso tan impasiblemente asumido como brillantemente continuado por los responsables de nuestros sistemas académicos y de investigación.

La publicación de la correspondencia epistolar de Ramón y Cajal, de lo que de ella queda, ejemplarmente editada (en 1.440 páginas) por Juan Antonio Fernández Santarén con el título *Santiago Ramón y Cajal. Epistolario* y bajo el sello de la editorial La esfera de los libros y la Fundación Ignacio Larramendi (2014), puede darle a cualquier lector de este admirable trabajo abundantes pistas sobre los motivos de fondo de esta diferencia española, tan poco honrosa para nosotros, que tanto irritaba ya, hace más de cien años, al histólogo nacido en 1852 en Petilla de Aragón, un pequeño enclave navarro en tierras aragonesa¹. Ramón y Cajal concibió siempre su trabajo como un ejercicio de patriotismo², «no soy un sabio sino un patriota», llegó a escribir, pero sus herederos, los reales, los políticos y los intelectuales, no hemos sabido estar a la altura de los ideales que el maestro supo definir y practicar.

Sería absurdo negar que la ciencia española del siglo XXI carezca de realidades de interés, pero es obvio que algo no hemos hecho y no estamos haciendo bien, y Dios sabe cuándo aprenderemos a hacerlo, y la historia que nos cuenta Juan Antonio Fernández Santarén abunda implícitamente, pues el recopilador se ha propuesto muy cuerdamente no hacer sangre, en motivos que explican suficientemente nuestro absurdo y público desdén por la Ciencia, pues no es otra la causa de la rocambolesca historia en relación

* El autor es filósofo, escritor y profesor de la Universidad Juan Carlos I de Madrid.

Petilla de Aragón, Navarra, donde nació Cajal (casa señalada con una flecha) el 1 de mayo de 1852 (colección de José Luis Puerta)



con el amplísimo legado de Ramón y Cajal que se nos resume en la introducción a este *Epistolario*. Por decirlo en muy pocas palabras, se han perdido dos terceras partes de las cartas de nuestro único premio Nobel, se ha descuidado y desbaratado su legado material, con extravío o malversación de miles de láminas y dibujos, algunos de ellos son, sencillamente, piezas únicas en la historia de la Ciencia universal, y en un país en el que unas docenas de mediocres personajes dedicados a las más pintorescas tareas supuestamente *culturales* tienen su Fundación y hasta su Museo no existe ni una Fundación que lleve el nombre del histólogo más importante de la historia, ni un Museo que haya podido recoger y mostrar las huellas de un trabajo absolutamente singular, excepcional, ejemplar, y admirable.

Las cartas recogidas en este *Epistolario* no han estado, hasta la fecha, suficientemente protegidas, ni han podido ser estudiadas con calma por los especialistas, lo que ha hecho que Juan Antonio Fernández Santarén haya tenido que realizar una tenaz labor de pesquisa y erudición, que nos ha relatado, a grandes rasgos, gracias a la cual podemos conocer ahora algunos episodios realmente surrealistas, entre los cuales tal vez destaque por más chusco el hecho de que la Biblioteca Nacional haya podido comprar, y es una fortuna que lo haya hecho, un enorme conjunto de cartas cajalianas a un librero de viejo, cuando se

suponía que éstas debían encontrarse bajo la custodia del CSIC, institución de la que habían sido sustraídas, y todo sin que haya mediado proceso ni censura alguna para nadie. Dejemos, sin embargo, la rememoración de estas y otras vergüenzas, para pasar a comentar el contenido del epistolario recuperado del que ahora, al menos, podemos disfrutar en esta excelente edición que debemos al patrocinio

de la Fundación Ignacio Larramendi y al entusiasta trabajo de un especialista en pro teínas que, subyugado desde la infancia por la obra de Cajal, se ha dedicado desde hace años, suyo fue el catálogo de la exposición que en 2006 se dedicó a Ramón y Cajal en el centenario del Nobel, al estudio del legado cajaliano.

Santiago Ramón y Cajal no sólo es el científico de mayor rango en la historia de España, sino que es el único que se puede poner en esa relación de primeros nombres de la ciencia universal que cualquier persona culta debiera tener en la cabeza. Ramón y Cajal fue autor de una obra extremadamente original, capaz de obtener un reconocimiento internacional inicialmente casi unánime, y hoy enteramente indiscutible, pero, además, supo crear, casi de la nada y contra viejos vicios españoles, una auténtica escuela: la Escuela de Histología española, cuya benéfica influencia llega a nuestros días, fue el fruto de un empeño constante del científico español, dotado de una generosidad, grandeza de ánimo y paciencia que queda plenamente de manifiesto en este *Epistolario*. Cajal fue la figura decisiva en la labor que inició la Junta de Ampliación de Estudios, que permitiría a jóvenes españoles, salir fuera a formarse, pero no se contentó con esa doble labor científica y de promoción institucional de la investigación, sino que procuró mantener una presencia en

todos aquellos aspectos de la vida española en los que pensó que su aportación podía ser de interés, y lo hizo dando ejemplo de tolerancia, de espíritu de colaboración, y procurando siempre que el dinero que se extraía de los más humildes mediante los impuestos no fuese defraudado, que obtuviese una recompensa intelectual y moral en el trabajo riguroso y constante de los investigadores españoles.

El libro de Juan Antonio Fernández Santarén se compone de cinco partes perfectamente definidas: *a)* prólogos y agradecimientos; *b)* introducción del compilador; *c)* cartas clasificadas, según el tipo de destinatario; *d)* apéndices en los que se cataloga perfectamente cada una de las cartas ahora publicadas y se justifica la estimación del número de las que ahora han podido perderse, y *e)* una extensa bibliografía general sobre la obra cajaliana. En los prólogos se da cuenta de las circunstancias que han permitido la edición de la obra y se agradece la ayuda de personas e instituciones. La introducción del autor, que ocupa unas cuarenta páginas, es decisiva para comprender la importancia de las cartas publicadas, 3.510, que son algo más de una cuarta parte de las más de 12.000 que Fernández Santarén estima que debió escribir Ramón y Cajal y que, en algún momento, estuvieron en manos del CSIC, cuyo Instituto Cajal conserva en la actualidad tan solo 1.301.

Fernández Santarén no sólo ha escrito esta extensa introducción que muestra, con delicadeza pero con claridad, los perfiles realmente tristes de la historia del legado cajaliano, sino que ha antepuesto a cada grupo de cartas una introducción aclaratoria de la selección misma y del sentido de las misivas y una mínima biografía del destinatario o el remitente, más extensa cuando lo merecen, que sitúa perfectamente el sentido de la correspondencia de nuestro

Nobel en el conjunto de su labor científica y pedagógica.

Las cartas se publican agrupadas en siete capítulos perfectamente diferenciados: *a)* las dirigidas a los miembros de su escuela, todos ellos discípulos de Ramón y Cajal aunque algunos hayan iniciado su labor con otros maestros; *b)* las dirigidas a sus colegas los científicos españoles; *c)* las dirigidas a la comunidad científica internacional, tanto a biólogos como a otros especialistas; *d)* las dirigidas a literatos y artistas; *e)* las cruzadas con políticos y personalidades españolas; *f)* las que se remiten a y desde instituciones, la correspondencia mantenida con periodistas, las cartas familiares, y, finalmente, *g)* una miscelánea de cartas en que se tocan una serie de temas que permiten apreciar con enorme nitidez aspectos muy característicos de la personalidad de don Santiago.

Resultaría bastante difícil escoger entre tan gran número de cartas las de mayor importancia, si el compilador no hubiese hecho en buena medida ese trabajo con las introducciones correspondientes, de manera que la correspondencia puede consultarse sin mayores dificultades atendiendo a lo que nos interese más en cada caso. De cualquier modo, trataré de resaltar en estas líneas, algunas de las cualidades de nuestro científico que resplandecen en su correspondencia, y algunos de los asuntos que más le preocuparon, porque lo que trasciende de la lectura tranquila de esta obra impagable es una imagen muy nítida de un científico extraordinario, de un español ejemplar, de un pensador tolerante y profundo, de un hombre amable y atento que evita, siempre que puede, ser hiriente, y se expresa siempre con un estilo llano, evitando, ante cualquier debate, dar la más ligera impresión de que trate de abusar de su autoridad y prestigio.

De entre las cartas que se agavillan en el capítulo de la Escuela de Histología destaca la mantenida con dos de su más

de que laboratorios extranjeros posean los ejemplares de las publicaciones de su Escuela. En particular es lamentable que no se conserve ninguna carta de Camilo Golgi (1843-1926), que fue su gran rival doctrinal, aunque compartió con don Santiago el Nobel de 1906, si bien es evidente que el tiempo ha sancionado definitivamente la superioridad científica de las aportaciones cajalianas y que siempre tuvo razón en el enfrentamiento con el profesor de Padua. Son muy importantes las cartas entre Ramón y Cajal y Magnus Gustaf Retzius (1842-1919) y muchas de las que podemos leer ahora, de científicos de todo el mundo, dan buena cuenta de cómo el prestigio de nuestro único Nobel llegó a no conocer fronteras. Podemos leer también la correspondencia con Charles Scott Sherrington (1857-1952) y con Wilder Graves Penfield (1891-1976), dos de los grandes neurólogos que alcanzaron posteriormente el Nobel y que lograron un cierto reconocimiento popular por sus incursiones filosóficas y que se muestran ambos como discípulos y seguidores del maestro. En este grupo aparecen también algunas cartas, como las de Hendrik Antoon Lorentz (1853-1928) o Einstein (1879-1955), que nos recuerdan que las relaciones internacionales de Ramón y Cajal superaban ampliamente el ámbito de la medicina y la biología.

El cuarto grupo de cartas es el dirigido a intelectuales y escritores españoles. Llama la atención por su extrema enemistad una carta, que no llegó a enviarse, de Ramón y Cajal a Pío Baroja³, que hará las delicias de los numerosos enemigos del escritor de Vera de Bidasoa. Pío Baroja dejó constancia de sus nada fáciles relaciones, como estudiante de medicina, con los catedráticos de la facultad madrileña, y, de alguna manera, reprocha en sus Memorias a Ramón y Cajal no haber sido más duro y/o displicente con quienes, como José de

Letamendi, le parecían al vasco poco más que unos cuentistas⁴. La carta muestra que las relaciones entre ambas figuras no fueron cordiales, y cabe pensar que don Santiago no la mandase porque, pese a pensar lo que en ella se dice de Baroja, no le pareció que mereciese la pena una pelea formal con el gran escritor. De cualquier manera, las afinidades del histólogo, un patriota apasionado, con los escritores del 98, incluyendo en esta ocasión a Ortega en el grupo, no fueron de muy estrechas porque en estos había un espíritu crítico y un desdén por ciertas formas de lo español que Ramón y Cajal nunca vio con simpatía. La otra gran diferencia espiritual con este grupo residía en la muy distinta manera de conseguir la mejora de lo que no se hacía bien: para la mayoría de ellos, y señaladamente para Ortega, se hacían necesarias aparatosas reformas *políticas*, más o menos desde arriba, mientras que Ramón y Cajal apostaba vehementemente por el trabajo denodado, por la reforma empezando desde abajo, por lo personal y la ejemplaridad. A mi entender, la correspondencia de mayor interés es la que mantiene con Unamuno, en la que se nos muestra una enorme hermandad espiritual entre dos personajes aparentemente muy distintos⁵.

El quinto capítulo es el dedicado a la correspondencia política. Ramón y Cajal vivió plenamente lo que probablemente han sido las ocho décadas más convulsas de la historia moderna española y lo hizo sin apartarse jamás de dos normas inviolables, su patriotismo integral y su respeto a todas las personas honestas y bien intencionadas más allá de cualquier discrepancia política, religiosa o de opinión, su nobilísimo carácter liberal, que implicaba un respeto a las personas particulares que no todo el mundo es capaz de mantener, como él supo hacerlo, por encima de cualquier circunstancia: Fernández Santarén destaca,

adecuadamente, cómo nuestro sabio, obviamente más republicano y liberal que conservador y monárquico, se negó a firmar el *Manifiesto por la República* que en 1931 le ofrecieron personalmente los redactores, Ortega, Marañón y Pérez de Ayala, y no suscribió por deferencia a Alfonso XIII que siempre había mantenido hacia su persona y su trabajo, admiración, respeto y un excelente trato.

Las cartas publicadas están dirigidas a personajes tan diversos como el propio Rey o Luis Araquistain (1886-1959), como el dictador Primo de Rivera o a Antoni María Sbert (1901-1980), un líder estudiantil que llegó a ser jefe de la Federación Universitaria Escolar de Madrid (FUE) y uno de los fundadores de Esquerra Republicana de Cataluña al que recomienda, hacia 1926, que centre su labor en los temas estrictamente universitarios y del que se despide como «un anciano escolar que continúa estudiando».

Un sexto capítulo es el dedicado a las cartas cruzadas con diversas instituciones en las que se muestra que nuestro protagonista no descuidó las relaciones con lo que hoy llamaríamos la sociedad civil, especialmente cuando aquellas le habían hecho algún favor o le rendían homenaje, pues nuestro hombre fue siempre un gran reconecedor de los méritos ajenos. Es el patriotismo del gran científico el que está detrás de todo este trajín, como lo muestra su discurso en la entrega del Premio Echeagaray (1922), que como otras distinciones y monumentos que se le dedicaron, no le hacía mucha gracia porque le apartaba de su trabajo esencial:



Edificio barcelonés de la calle del Notariado nº 7, hoy llamada del *Notariat*, donde Cajal alumbró en 1888 la teoría de la neurona. La vivienda que hay justo encima de los balcones con las persianas echadas tiene unos 90 m² y en ella habitó el sabio y su familia (colección de José Luis Puerta)

«España no alcanzará su pleno florecimiento cultural y político mientras los docentes de todos los grados no acierten a fabricar en cantidad suficiente [...] el español que nos hace mucha falta, es decir, un tipo humano tan impersonal por abnegado, tan firme y entero de carácter, tan tolerante y abierto a todas las ideas, tan esforzado y constante en sus empeños, tan agudamente sensible a nuestros infortunios que, reaccionando pujantemente contra las causas de nuestro atraso y de nuestros errores, consagrara lo mejor de sus energías y de sus luces a la prosperidad del país, al servicio del Estado y al enaltecimiento de la Nación».

No queda otro remedio que darle la razón, España sería mucho mejor si abundasen los tipos como Ramón y Cajal, pero

no está claro que sea el caso. El retrato abstracto pero muy preciso que revela ese párrafo del gran investigador hay que completarlo con otros trazos de su personalidad que resplandecen especialmente en los dos últimos capítulos de este inventario, las escasas cartas que se conservan dirigidas a la familia y uno de Miscelánea que es una acertadísima rúbrica introducida por Fernández Santarén para completar el semblante de su autor que dibuja este *Epistolario*. Resaltaré, únicamente, tres rasgos llamativos que no siempre se tienen en cuenta: en primer lugar, su afabilidad, nada reñida con un semblante habitualmente serio, y su tendencia al trato amable y cariñoso; en segundo lugar, su respeto a todas las opiniones, y muy en especial a las creencias religiosas, y, por último, su conciencia de que hay que atender con el máximo de afecto y discreción a las personas más humildes, aunque propongan tonterías, aunque pidan imposibles, porque Ramón y Cajal era siempre muy consciente de que su obligación, y la de todos los que viven de los erarios públicos, era trabajar

por el progreso material y moral de los más débiles, sin ningún sarcasmo ni desprecio por lo que pudiera considerarse la ignorancia popular. En sus escritos abundan las muestras de preocupación por la responsabilidad que contraen los académicos e investigadores con quienes financian sus trabajos con el dinero que el Estado les sustrae. Es muy ilustrativo lo que escribe en *La Psicología de los artistas*: «yo he profesado siempre sacrosanto respeto al dinero del contribuyente, y singularmente al del humilde labriego».

Fernández Santarén, al localizar y editar con tanto esmero este *Epistolario*, ha hecho un trabajo paciente, tenaz, riguroso, completo, del que, sin duda, se habría sentido orgulloso el gran científico. Los españoles, y en especial los universitarios, tenemos todavía una inmensa deuda que saldar con la obra del gran aragonés, pero este libro es un primer pago que permite pensar en que pueda iniciarse la recuperación completa y rigurosa de un legado científico y moral que necesitamos ahora, al menos, tanto como hace ya más de un siglo.



Notas

1. A este respecto puede consultarse: Puerta JL. Partida de bautismo de Santiago Ramón y Cajal (1852-1934). *Ars med rev humanid* 2002;1(2):214-239 (disponible en: goo.gl/8r7LZR y goo.gl/n8urZT).
2. Sobre la idea de patriotismo de don Santiago, véase: González Quirós JL. España y el patriotismo en la obra de Santiago Ramón y Cajal. *Ars med rev humanid* 2002;1(2):214-239 (disponible en: goo.gl/KA2sWb y goo.gl/RBHykx).
3. Una revisión amplia sobre Pío Baroja y su obra se puede encontrar en: Prieto S. Pío Baroja (1872-1956). El autor en su órbita. *Dendra med rev humanid* 2013;12(2):80-106 (disponible en: goo.gl/Z1NVKB y goo.gl/cWJrDV).
4. Ciertamente, Cajal y Baroja mantuvieron, al menos en sus escritos, criterios encontrados sobre los profesores que conocieron ambos en la Facultad de Medicina de Madrid como puede verse en: Puerta JL. El doctor Pío Baroja (1872-1956). *Ars med rev humanid* 2006;5(2):198-215 (disponible en: goo.gl/yhHuSd y goo.gl/Djwj3D) y en mi estudio: González Quirós JL. Ciencia y moral en la obra de Baroja, en: Juan Wilhelmi y Inger Enkvist (eds.). *Literatura y compromiso*. Lund (Suecia): Romanska institutionen, Lunds Universitet 2004, pp. 65-75.
5. Me he ocupado con cierta extensión de este asunto en: González Quirós JL. Tres Quijotes: Ramón y Cajal, Unamuno y Ortega, en: González Quirós JL (ed.) *El Quijote y el pensamiento moderno*. Madrid: Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales. Madrid 2007, Tomo I, pp. 451-483.